

Ilmo. Director General de la Clínica Universidad de Navarra,
Familiares de don Eduardo,
Queridos Colegas,
Señoras y señores,

Es para mí un honor poder presidir este acto homenaje con motivo del centenario del nacimiento de D. Eduardo Ortiz de Landázuri. Aunque no tuve la fortuna de tratarle personalmente he podido conocerle a través de los testimonios de mucha gente que le trató de cerca. Y pocas veces he visto tanta unanimidad a la hora de resaltar las virtudes de una persona. Mencionar a alguien que le trató el nombre de don Eduardo supone siempre avivar recuerdos de manifestaciones concretas de su generosidad, su entrega a los demás, su humanidad y también, si se me permite la expresión, su sobrenaturalidad.

Con estas palabras no pretendo resumir su excelente trayectoria profesional, ni su indudable categoría humana, que han quedado magníficamente reflejadas en las intervenciones que acabamos de escuchar. Más bien, me gustaría recordar su amor apasionado a la institución universitaria trayendo a la memoria el homenaje que se le rindió el 13 de octubre de 1984, en el Aula Magna de la Universidad, en una ceremonia presidida por el entonces Rector, el profesor Alfonso Nieto.

Como recordaréis aquellos que estuvisteis presentes, D. Eduardo llevaba escritos unos folios, pero no se animó a leerlos y prefirió seguir el consejo del Rector: “di cuanto te dicte el corazón”.

Tenía 74 años, y –conociendo bien su enfermedad- era consciente de que le quedaba poco tiempo de vida: “No sé lo que Dios me dará de vida”; luego - expresando un firme deseo- añadió: “lo que sí puedo decir, es que me gustaría que al final me pusieran: éste fue un universitario”.

El amor a la Universidad había sido una constante en él. Lo había proclamado en 1931, en el acto de inauguración del monumento a Cajal en el patio de San Carlos en la antigua Facultad de Medicina de Madrid; lo reiteró en el preámbulo de su tesis doctoral, presentada en 1944; lo declaró también en la cena que le ofrecieron en el Hotel Ritz cuando ganó la cátedra en 1946. Y, sobre todo, lo manifestó, día tras día, con su buen hacer. Decía que, al mirar atrás se daba cuenta de que lo único que había hecho había sido –son sus palabras– “amar a la Universidad; a esta Universidad y ¡a todas!, porque para mí toda la Universidad es igualmente querida”. Él trabajó en tres universidades: Madrid, Granada y Navarra; su paso por la facultad de Medicina de Cádiz se limitó a tomar posesión de la cátedra que había ganado y a solicitar su traslado a Granada.

Entra las innumerables cartas que le entregaron el día de su homenaje había precisamente una de un antiguo colaborador de su cátedra de Granada, que escribía como amigo y discípulo. En ella daba las gracias al maestro en las tres acepciones de la voz *magister*:

- *Maestro en el saber*, -cito textualmente la carta- “ejercitado sin orgullosa superioridad que impide el diálogo, franco a los matices y a la discusión reflexiva; que es en esto, en verdad, en lo que se distingue al maestro legítimo del falso *domine* con su inapelable dictado”.

- *Maestro en el trabajo*: su escuela en Granada, en que tan hondo surco labró, bien sabe de su esfuerzo sobrehumano, proseguía el remitente de la carta.
- *Maestro, en fin*, “en la generosidad de su espíritu, derramada sin tasa como aliento a sus discípulos, y con caudales de conmiseración y grave conciencia de responsabilidad para la atención a los enfermos, por encima de cualquier otro interés ajeno: que es esto lo que más ennoblece nuestra profesión y la hace sacerdocio”.

Ante ese triple magisterio se rendía su antiguo discípulo.

En el discurso que Don Eduardo pronunció en Granada en 1980, con ocasión del fin de carrera de la XX Promoción de la Facultad de Medicina, dijo estas palabras: "La imagen que he dejado de mi paso por la vida universitaria no ha sido, ni mucho menos, la de un sabio profesor, ni siquiera la de un agraciado con agudas condiciones intelectuales, ni incluso —¡pobre de mí!— de extraordinarias aptitudes docentes; sino, eso sí, de entrega absoluta —en cuerpo y espíritu— a mi Universidad". Desde 1958, su Universidad fue ésta, la Universidad de Navarra, a la que dedicó los últimos decenios de su vida profesional.

Nunca se arrepintió de su dedicación universitaria; y así lo declaró a otro colega en una carta del 15 de junio de 1984: "En una ocasión un estudiante me preguntaba: si volviera a empezar como en 1926, ¿haría la mismo? Mi contestación fue inmediata: en el amor a la universidad en general y a mis maestros desearía ser lo mismo". Unas palabras parecidas tenía preparadas para el discurso que no llegó a leer en el

homenaje que se le tributó y que cambió por el discurso surgido del corazón: "Si tuviera que empezar, cuando en 1926, por razones familiares tuve que decidir por la Medicina, ¿haría lo mismo? Como he amado siempre mucho a la Universidad pienso que haría lo mismo".

En coherencia con toda su vida, sus últimas palabras en el acto de 1984 fueron éstas: "Esto es lo que hace grandes a las Universidades: el estudio, el trabajo (...); pero, sobre todo..., por encima de todo..., una Universidad ¡tiene que irradiar amor! Tiene que querer a toda la gente que esté a su alrededor. Tiene que querer a los estudiantes..., tiene que quererlos. Si una Universidad no tiene este sello, le falta lo más importante. Y nada más..., mis queridos amigos", concluyó.

Don Eduardo fue por delante y nos marcó un camino claro: tratar a todas las personas con las que coincidía con cariño y atención. En momentos de dolor y enfermedad, fueron muchos quines encontraron en él el apoyo, el afecto y el optimismo necesario para sobrellevar situaciones difíciles.

El Profesor Alfonso Nieto cerró aquel homenaje leyendo la carta que el entonces Gran Canciller de la Universidad, monseñor Álvaro del Portillo y Diez de Sollano, había enviado para la ceremonia. En ella le decía: "Sé que estás bien convencido de que vale la pena llevar adelante esta Universidad de Navarra, que tanto hace en servicio de Navarra, de España y de numerosas naciones, y que con vuestro ejemplo ayuda a miles de hombres y mujeres a encontrar a Dios en medio de su quehacer profesional". Y añadía: "Puedes estar bien seguro de que el día 13, celebración de San Eduardo, rezaré muy

particularmente en la Santa Misa por Laurita (su querida mujer), por ti y por vuestros hijos”.

Con estas breves palabras, únicamente he querido resaltar la lección de vida que nos ha dejado Don Eduardo por su magnanimidad y su amor por la Universidad, que es un verdadero estímulo para seguir trabajando con pasión para sacar adelante este gran proyecto universitario. Y siempre, con la dirección que guió su vida: aquel consejo que le dio el Fundador de la Universidad: “Has venido a hacerte santo”. A ello dedicó los mejores empeños y todos esperamos con ilusión el día en que podamos verle en los altares.

Muchas gracias.